

Navidad en Venezuela hoy

C

omo siempre, la publicidad nos mete por todos los sentidos que en esta época tenemos que adornar la casa, los locales comerciales, espacios públicos y, además –y, sobre todo– festejar y consumir, tanto comidas y bebidas especiales y abundantes, como estrenar ropa nueva y regalar hallacas... Pero además de que muchos no tienen cómo, ¿está el tiempo para celebraciones? ¿Tenemos algo que celebrar?

NO ESTAMOS SOLOS: DIOS ESTÁ AQUÍ

Los cristianos sí tenemos motivos para celebrar y además celebrar hoy en esta situación tiene más sentido y es más trascendente que celebrar en tiempos de normalidad. ¿Qué celebramos los cristianos? Dos cosas: la primera y principal que, en su Hijo Jesús, Dios ha echado la suerte con nosotros, porque él es ya para siempre uno de nosotros y más específicamente nuestro Hermano incondicional. En esta situación de tantas carencias, de tanta opresión, humillación y exclusión y, por tanto, de tanta desolación y abatimiento, no estamos solos: nos acompaña el Hijo de Dios, el que dijo cuando se iba al Padre: “yo estaré todos los días con ustedes hasta el fin del mundo”.

El Gobierno nos excluye, nos desprecia, no nos deja levantar cabeza, pero Jesús nos acompaña con su presencia alentadora. Él ya sabe cómo es eso: nace en un refugio de animales porque como eran tan pobres y María estaba encinta, no encontraron lugar; vive como un trabajador y muere torturado porque, aunque desarmado, desestabilizaba esa situación inhumana porque convocaba al pueblo que estaba como ovejas sin pastor, contra el suelo de tanta carga, porque volvía al pueblo libre, consciente de sí, sabedor de que Dios lo acompañaba y porque el pueblo lo escuchaba y seguía y se puso en pie y se movilizó.

Tenemos que celebrar que nos acompaña quien sabe cómo es la cosa, que sabe de carencias y sufrimientos, que puede y quiere ayudarnos eficazmente a vivir con dignidad este trance tan amargo, a vivirlo con libertad, desde lo más

genuino de nosotros mismos, y a convivir, a compartir, a crear espacios liberados, y a avanzar en una alternativa auténticamente democrática, buscadora del bien común –y no el mío y de los míos–, a costa de los demás.

Hoy, cuando no tenemos sino malas noticias, cuando vemos que todo va de mal en peor, necesitamos más que en tiempos de normalidad celebrar la noticia decisiva de que con nosotros va el que quiere y puede salvarnos. No nos va a salvar con prodigios ni a la fuerza. Nos salva con su compañía, hecha de simpatía y compasión; con su amor que nos hace crecer y nos da esperanza; un amor estimulante, creador, alentador, sanador, liberador, rehabilitador. Lo único que nos pide es que nos abramos a su relación y que, desde ella, nos relacionemos con los demás como él se relaciona con nosotros.

Nosotros, los cristianos, celebramos la Navidad; es decir, la venida al mundo del Hijo único y eterno de Dios, enviado por él para hacerse uno de nosotros y nuestro Hermano incondicional y para siempre. Él ha vivido una situación como la nuestra y la ha vivido a fondo y, aunque murió torturado, no ha fracasado porque su Padre lo recreó en su seno y en él, en su corazón, estamos ya realmente nosotros. Desde ahí, vencedor de la muerte, nos acompaña, se relaciona personalmente con cada uno y quiere que vivamos como hermanos suyos y, por tanto, de los demás. Eso celebramos como la mejor buena nueva posible. Celebramos su venida, acogiéndolo en nuestro corazón, en nuestras casas y en nuestros ambientes, los recreados por los que en él nos tratamos como hermanos y que no excluimos ni a los que nos maltratan despiadadamente.

Por eso esta Navidad la queremos celebrar por todo lo alto. Eso no es para nosotros consumiendo fino, sino abriéndonos a su venida, recibiendo con alegría, diciéndole que queremos llevarlo en nuestro corazón como él nos lleva en el suyo. Alegrándonos con los que también lo reciben y por eso festejándolo con algo que –aunque sea poco–, con cariño nos sabe a gloria y nos alegra el corazón. Y también lo celebramos pidiéndole al niño que vigorice a su pueblo y que le dé su luz, la luz que iluminó esa noche, y que se conviertan los que nos excluyen e impiden que levantemos cabeza.

Y lo celebramos con la cabeza bien alta, con la libertad de las hijas e hijos de Dios, abriéndonos a esa paz que trae el niño, una paz que el mundo no puede dar ni tampoco quitar, la paz que cantó en Belén una legión desarmada del ejército celestial.

JESÚS NACE EN LOS QUE DAN DE SU POBREZA

Ese es el primer motivo para celebrar, un motivo más que suficiente, que no podemos dejar pasar. Pero también tenemos un segundo mo-

tivo, ligado al primero. Es que nos consta que muchos en nuestro país, en esta situación tan deshumanizadora, lo han recibido y por eso no teniendo cómo vivir, viven, no sobreviven, sino viven a plenitud y conviven y hasta dan de su pobreza. Esto es tan admirable que, así como los que ya somos adultos mayores nunca pudimos haber imaginado que íbamos a caer tan bajo, así tampoco nunca pudimos imaginar que nos íbamos a encontrar a tantos que vencen al mal a fuerza de bien (cf Rom 12,21), que no pueden más y, sin embargo, siguen pudiendo; que se sienten en el límite de sus fuerzas y que sienten, paradójicamente, que cuando son débiles, son fuertes (cf 2Cor 12,10).

Estos compatriotas nuestros son los que han recibido a Jesús en sus vidas y por eso viven animados por su Espíritu. Son mucha gente popular proletarizada, pero también no pocos profesionales, sobre todo médicos y educadores que, con sueldos de miseria, dan sin embargo lo mejor de ellos mismos porque saben que hoy es cuando más necesario es su aporte. No tienen ningún aliciente; por el contrario, todo tiende a desanimarlos; pero ellos sienten esta fuerza interior que los lleva a dar lo mejor de sí. En ellos ha nacido Jesús y se expresa a la medida del don recibido.

Esto es lo más admirable que sucede en el país y tenemos que celebrarlo. Y primero tenemos que tener ojos para verlo. No podemos pasárnosla maldiciendo al Gobierno sin hacernos cargo de este milagro masivo que está aconteciendo en nuestro país. Porque entre nosotros es verdad que “donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia” (Rm 5,20). Que abunde el pecado nos causa repudio, pero también nos tiene que causar alegría que sobreabunde la gracia. Porque el aporte vocacional de estos profesionales es una manifestación tan espectacular de la gracia, que es un verdadero milagro, que no solo causa utilidad social, sino que humaniza hondamente a quienes lo llevan a cabo. Lo mismo que tanta gente popular que, en el borde de la inanición, teniendo todo en contra, no están contra el suelo, derrotados, sino que tienen la libertad de vivir en cada dimensión de la vida y de convivir y de darse y dar lo que no tienen.

Celebrando estos dos motivos, nos tenemos que animar a recibir de todo corazón a Jesús y a hacer lo mismo que él con su Espíritu. Así la celebración de la Navidad no será algo intrascendente, sino que nos dará fuerzas y deseo de dar también nosotros de nuestra pobreza, como Jesús, que “nos enriqueció con su pobreza” (2Cor 8,9).